

# *Animales divinos*



## **LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

José Juan Picos

# *Animales divinos*

Fauna mitológica  
de la antigua Grecia

Ilustraciones de Karina Cocq

 Siruela

Las Tres Edades Nos Gusta Saber

# Índice

1. Argos, el amigo de Ulises	11
2. Los carneros de Polifemo	21
3. El perro que se ponía morao	29
4. Pegaso, un paseo por las nubes	35
5. La piara de Circe	43
6. Un mochuelo sabio	53
7. El terrario de Atenea	57
8. Titono, un eterno cri, cri	65
9. Las focas de Anfitrite	71
10. El abanico de los cien ojos	77

11. El asno de Hefesto	83
12. Robot ladrador, poco mordedor	93
13. Los caballos de Aquiles	95
14. Un grifo que nunca gotea	103
15. El primer calentamiento global	109
16. ¡Cuidado con el perro!	117
17. Los leones de la Cibeles	123
18. El zoo de Zeus	127

Los antiguos griegos no se fiaban de sus dioses.

Y con razón.

Los Olímpicos tenían fama de egoístas,  
caprichosos y abusones, quizá porque, como inmortales,  
les quedaba una eternidad de tiempo  
por delante y les daba pavor aburrirse.

Por eso jugaban con los mortales, animales incluidos.  
Uno de sus mayores entretenimientos fue la guerra de Troya,  
donde se lo pasaron de fábula con griegos y troyanos  
mientras los guerreros de ambos bandos caían como moscas,  
al igual que sus caballos, perros y mulas y los toros y ovejas  
que sacrificaban en los altares para rogar por la victoria.

Ellos son los auténticos protagonistas de este libro:  
los animales que compartieron paisajes y aventuras  
con dioses y héroes, es decir, la fauna de la mitología griega.

Gracias a ellos, conoceremos  
detalles inéditos de algunos mitos famosos y  
descubriremos otros no tan conocidos.

Y también sabremos, rastreando  
las huellas de tan divinos animales,  
de qué modo está presente la mitología  
en nuestra vida diaria.



# Argos, el amigo de Ulises

Dicen que el primer perro de la literatura universal es Argos, la mascota de Ulises, uno de los héroes más famosos de todos los tiempos. Pero, si queremos ser rigurosos, es el primero con nombre, porque antes, en la *Ilíada*, el inmortal poema de Homero sobre la guerra de Troya, aparecen otros perros. Apolo era el dios de la belleza, de las artes y de los oráculos, pero también de las epidemias, que propagaba entre los mortales por medio de flechas infectadas con virus. Nada más empezar la *Ilíada*, Apolo cubre el campamento griego con «una peste maligna que precipitó muchas almas de héroes al Hades e hizo de sus cuerpos botín de perros y aves de rapiña». Entendemos que el poeta se refiere a perros asilvestrados y sin dueño que deambulaban entre las naves y las tiendas de los sitiadores de Troya.

Ulises, el dueño de Argos, tenía un superpoder: su astucia. Era muy inteligente e ingenioso y siempre encontraba una solución para cualquier problema. Su nombre original, en griego, era Odiseo, por eso el libro de sus aventuras se llama la *Odisea*. Fueron los romanos los que lo llamaron Ulises. La *Odisea* nos cuenta todo lo que sufrió Odiseo para volver a su hogar en la isla de Ítaca, situada en la costa oeste de Grecia, en el lado que mira a Italia.

Dicen que su autor, Homero, era ciego, quizá por eso se tuvo que aprender cientos de poemas de memoria que, seguramente le sirvieron de inspiración.

Aunque hayan pasado casi tres mil años desde que Homero compuso sus obras, los antiquísimos mitos griegos no han desaparecido de nuestro día a día: hoy llamamos «odisea» a superar las dificultades que encontramos en el largo viaje que es la vida. En los programas deportivos usan mucho esa palabra; por ejemplo, cuando un piloto se enfrenta a una avería grave y, a pesar de eso, consigue terminar una etapa del rali Dakar, o cuando un alpinista llega a la cumbre de un ocho mil. ¿A quién no le parecía una odisea enfrentarse al plato de verduras que, de pequeño, le ponían delante? Y aún sigue siendo una odisea para las madres recoger todos los trastos que los niños de todas las épocas hemos ido dejando por en medio. Eso es lo que podemos llamar una *huella mitológica*, un vestigio de la antigüedad griega en el lenguaje y en la vida de los seres humanos del siglo XXI. Quizá sea buena idea introducir estas huellas en un recuadro cada vez que aparezca una. Al fin y al cabo, tiene mucho mérito que un mito haya sobrevivido miles de años hasta llegar a nosotros, por eso creo que merece un lugar destacado. Probemos...

## LA HUELLA MITOLÓGICA: TROYANO

Un troyano informático, también llamado *caballo de Troya*, es un programa que lleva dentro un virus oculto, como los soldados griegos que se escondieron en la panza del caballo de madera. Después de diez años de guerra, a Odiseo se le ocurrió dejar un enorme caballo ante las murallas de Ilión,

que es el otro nombre de la legendaria ciudad, por eso el famosísimo libro de Homero se llama *Iliada*. A la vez que dejaban aquel señuelo, los griegos fingieron que se retiraban.

Los troyanos creyeron que se trataba de una ofrenda que sus enemigos les hacían a los dioses para rogarles un buen viaje de retorno, así que lo metieron en la ciudad sin tomar precauciones. Pero, por la noche, los guerreros escondidos en el caballo, Ulises entre ellos, salieron y abrieron las puertas. El ejército invasor entró por sorpresa y destruyó Ilión hasta los cimientos. Ese mecanismo astuto y destructivo es el mismo que utiliza un troyano informático para convertirse en un invasor dentro de los muros de plástico de tu ordenador y provocar averías o destruir información. Toda una huella mitológica en pleno siglo XXI.

Después de la victoria griega, Odiseo pasó una década recorriendo el Mediterráneo y escapando de mil amenazas y peligros. Argos fue el primer ser vivo que lo reconoció cuando por fin llegó a Ítaca. Nadie más lo hizo, porque Ulises, que era todo un rey, tuvo que disfrazarse de mendigo en su propio reino. Durante los diez años que pasó en Troya y los diez de viajes y aventuras como juguete de los dioses, su mujer, Penélope, tuvo que aguantar a un ejército de pretendientes codiciosos que lo que de verdad pretendían era el trono de la isla. Por eso, para evitar que lo mataran, Odiseo se tuvo que disfrazar; como, además, estaba hecho una pena, flaco, golpeado por las olas, barbudo y, lógicamente, más viejo, ¿qué ser humano podría reconocerlo?

Ya en Ítaca, Ulises comprobó con amargura que su palacio estaba manga por hombro. Los pretendientes vaciaban las despensas reales y las bodegas y exigían que los esclavos solamente

los atendieran a ellos. En esas condiciones, el pobre Argos estaba muy descuidado, casi en las últimas. A pesar de todo, cuando oyó al falso mendigo, levantó las orejas, miró ansioso a su alrededor y supo de inmediato que era su amo. Homero nos cuenta que intentó levantarse «del cerro de estiércol de mulas y bueyes» donde lo habían tirado, pero el pobre ya no tenía fuerzas, así que meneó la cola con alegría y quiso ladrar, pero tampoco tenía aliento.

Lo más doloroso fue que Ulises no podía hacerle caso, y no porque no quisiera a su fiel amigo, sino porque temía que lo descubrieran. Así que no pudo acariciarlo ni darle las gracias por su lealtad. Sin más remedio, le volvió la espalda al desdichado perro y se echó a llorar, lleno de pena y rabia. Tras haber visto por última vez a su amo y amigo, Argos dejó reposar la cabeza en el suelo y descansó en paz.

Quizá te preguntes, como me pregunté yo, qué edad tenía Argos si su amo había pasado, entre guerras y naufragios, veinte años fuera de casa; tengamos en cuenta que la edad media de nuestros amigos caninos es de trece años. Esa una ventaja de la mitología, que provoca muchas preguntas: el esfuerzo de buscar una respuesta, aunque no la encontremos, puede hacernos un poco más sabios. Si alguna huella nos dejaron los antiguos griegos, mitos aparte, es la capacidad, a la que nunca renunciaron, de hacerse preguntas. Y no por el puro placer de tener razón, sino para encontrar la respuesta más satisfactoria dadas las circunstancias y de acuerdo con su inteligencia y sentido común. En ese sentido, los sabios griegos eran como Odiseo, incansables navegantes en un mar de dudas y valientes ante las brumas de la ignorancia. Una de sus preguntas fundamentales fue si los dioses habían creado al hombre o al contrario: así nació la filosofía.

Por lo demás, los mitos son leyendas muy entretenidas y con una moraleja, es decir, con alguna enseñanza. Las madres griegas

eran las encargadas de transmitir las para que no se perdieran en la noche de los tiempos y para que sus hijos conocieran y amaran las tradiciones de su pueblo. Aquellas mujeres fueron las guardianas de la memoria de la Antigua Grecia, pero tenían que ser muy rápidas y constantes porque, a partir de los seis o siete años, los niños varones eran educados por los hombres de su familia y de su tribu hasta que se convertían en ciudadanos.

De cualquier modo, los mitos no tienen la obligación de ser realistas. Después de todo, que Argos tuviera más de veinte años es tan fantástico como que un fontanero llamado Mario luche contra un gorila con sombrero para rescatar a una princesa en apuros. Y no porque el héroe sea fontanero, ni porque el gorila tenga bigote, sino porque las princesas de hoy en día se rescatan solitas.

En fin, que Homero nos cuenta que a Odiseo le dio tiempo a criar a su perro, pero no a disfrutarlo, así que sería un cachorro cuando se fue a Troya. Solucionada la cuestión de la edad de Argos, vamos a ver de qué raza era y en qué ayudaba. Para empezar, vivía en una isla pequeña y rocosa donde no abundaban los buenos prados ni las llanuras para criar vacas o caballos; los únicos rebaños de Ítaca eran de cabras y ovejas. Eso quiere decir que Argos ayudaría a pastorearlos. También cazaría las presas que suele haber en una isla de veinticinco kilómetros de largo por diez de ancho y llena de matorrales. Normalmente, esos animales silvestres son los conejos y las perdices. De hecho, Homero nos cuenta que, en ausencia de Ulises, su hijo Telémaco llevaba a Argos a cazar cabras salvajes, cervatos y liebres.

¿Cómo es posible que una isla tan diminuta como Ítaca fuese un reino?, ¿es que Odiseo no era más que un rey de liebres y cabras? La respuesta está en la idea que hoy tenemos de Grecia: no pensemos en el país actual cuya capital es Atenas y que hace frontera con Turquía, Albania, Macedonia del Norte y Bulgaria.